

AL ESTILO DE LA EPOCA

CUANDO Julia, al cabo de un tiempo de salir con Ramón, decidió preguntarle qué era lo que realmente sentía por ella, Ramón respondió: "Siento amor". Al rostro de Julia afloró una sonrisa de complacencia y ternura, y Ramón continuó: "Pero, ¿qué amor? Es indudable que hay muchas maneras de entender el amor. Yo, desde luego, no siento el amor a la manera que se entiende en Francia, en Inglaterra, en Italia... Desde luego, es un amor español, ya que español soy; precisando más, te diría que es un amor ramoniano, puesto que Ramón soy yo. Cuando hablo de amor, correspondo a mi idiosincrasia, a mi carga genética, a mi formación social. ¡Y al entorno en que vivimos! Yo no parto de la nada; vengo de atrás, y el futuro estará informado por el pasado. Mi amor, por lo tanto, será así".

La sonrisa no abandonó el rostro de Julia. Sólo que se había convertido en una expresión generosamente imbécil. "O sea —dijo—, que te pregunto que si me quieres". "¡Claro que te quiero!". La exclamación de Ramón dio de nuevo movilidad a su sonrisa. Que volvió a quedarse fija, convertida en mueca, cuando Ramón aclaró su programa de cariño: "Pero si entiendes por querer una simple abstracción enturbiada por el uso interesado de fuerzas que me son extrañas y que no corresponden a mi personalísima identidad, estarás equivocada. ¡Cuántos, por ahí, dicen que quieren para disfrazar apetitos inconfesables, segundas intenciones, maniobras que ni siquiera parten de ellos, sino quizá de fuentes situadas más allá de nuestras fronteras! ¡Que no esperen esos insensatos que yo pueda sentir como ellos! ¡Apenas merecen otra cosa que no sea el palo, la cárcel, la marginación de la Sagrada Congregación de Ritos! Estoy seguro de que no es esa forma de querer la que tú estimas, ni la que esperas de mí. Yo sé cómo tú deseas que te quiera". "Pregúntamelo", dijo zalamera Julia, a quien esta última parte había hecho recuperar algunas esperanzas.

"¿Pregúntármelo? —Ramón la miró reprobatorio—. Eso iría contra la entraña misma de la institución amorosa. Si yo tuviera que preguntarte algo, ya no sería yo, ni tú serías tú. Yo te interpreto, y sé lo que tú quieres, lo que te conviene, lo que necesitas. ¡Déjalo en mis manos! Tú, la receptora del amor y del querer —ya sabes, por la tradición española, que en el querer nadie manda, y mucho menos en el mío—, no tienes por qué ser al mismo tiempo la definidora". Julia se sentía perdida. Hizo una pregunta más. "¿Cómo concibes tú nuestro futuro?". "¡Maravilloso! Pero de la única manera en que es posible el futuro. ¡Es nuestro! Pero si crees que puedes llegar a encauzarlo por vías que no son las que dicta lo natural, que no estén concordantes con mis explicaciones del amor y del querer, no encontrarás en mí la menor complacencia. No, el futuro sólo puede ser firme si se le enfoca con firmeza. En ningún caso podrán intervenir en él factores que no tengan su base en esta forma de entender nuestra relación, y de ninguna manera consentiré que pueda dársele un sentido no inscrito en la parábola de lo permanente. ¡Esléndido futuro el nuestro, Julia! A condición de que esté contenido en el pasado, y que nuestras mutuas relaciones no varíen de como las estamos entendiendo en este mismo hermoso, histórico momento. No creas que voy a caer en la trampa de decirte ahora cómo viviremos, si nos casaremos o no, si quiero o no tener hijos, qué piso podré mantener y si mi sueldo dará para que lleguemos a fines de mes sin angustias. ¡No comprendes que sería estúpido por mi parte ponerme trampas a mí mismo? No, Julia, no. Te estoy explicando bien que tú y yo somos como somos, nos amamos como nos amamos, y nuestro futuro es sencillamente nuestro futuro. Y espero que estés plenamente satisfecha con mi clara exposición".

Y esta es la verdadera historia de por qué Julia abandonó a Ramón. ■

POZUELO

Encuentra bastantes dificultades. Una de ellas es la oposición de los comunistas portugueses: Alvaro Cunhal teme que en esa conferencia sus camaradas de España y de Italia, menos los de Francia, se sumen a la condena socialista por su radicalismo, o por lo menos no le apoyen en su revolucionarismo. Marchais tampoco está muy conforme: la delicadeza de sus relaciones con los socialistas franceses le hace temer tratarlas a la luz del día en una conferencia internacional. Las respuestas más positivas han sido las de Carrillo, del partido comunista español, y Berlinguer, del italiano. En esta conferencia de los socialistas se ha vuelto a insistir en la conveniencia de esta reunión de los ocho del Sur, pero también hay algunos temores: los de que, en lugar de la unidad buscada, se encuentren algunos temas de discordia y haya una ruptura

pública. No parece que se haya llegado a ninguna conclusión en el sentido de insistir cerca de los partidos comunistas con esta invitación; pero puede ocurrir que las gestiones continúen por vías más discretas.

El viejo tema de la unidad de la izquierda ha progresado bastante en esta conferencia —a pesar de todo— si tenemos en cuenta la enemistad de todos los años anteriores —los años de la guerra fría—, pero de ninguna manera ha llegado a los puntos de concordancia que permitieron la creación de los frentes populares en Francia —1935— y España —1936—; sin duda entonces la presión fascista inmediata forzaba más a este reflejo unitario de lo que supone hoy la amenaza de un capitalismo de origen norteamericano, con el que muchos socialistas de países acomodados se muestran perfectamente compatibles. ■

REACCIONES AL DISCURSO DE ARIAS

Desconfianza empresarial y bajón de la Bolsa

● Si el discurso del presidente Arias ha tenido escasa acogida en la mayoría de los círculos políticos, en los

medios empresariales e inversores no ha provocado la reacción positiva que algunos vaticinaban, aumentando por el con-

